El zapatismo: visiones en conflicto*

IGNACIO SOSA ÁLVAREZ

El origen de los movimientos sociales siempre ha sido incierto. En ellos confluyen múltiples determinantes que, por necesidad, deben permanecer ocultas a la vista de los observadores. Rastrear el momento mismo de su nacimiento, descubrir la fuente de la que bebieron sus raíces es una tarea que provoca la curiosidad de estudiosos y. . . policías. Unos, con el interés de rescatar lo que para la memoria colectiva no tendrá una existencia efímera. Otros, para que el orden vigente siga su curso. Ambos, sin embargo, coinciden en la apreciación de que igual de importante son las causas que los motivaron como los efectos que producen.

El análisis del zapatismo, en este contexto, plantea el doble problema de determinar sus causas y precisar sus efectos. Identificar a los personajes, que le dieron su primer impulso. Precisar sus rasgos peculiares, rastrear, por el particular lenguaje que usa, sus influencias ideológicas es, en este momento, una tarea que tiene interés primordial para los investigadores policiacos.

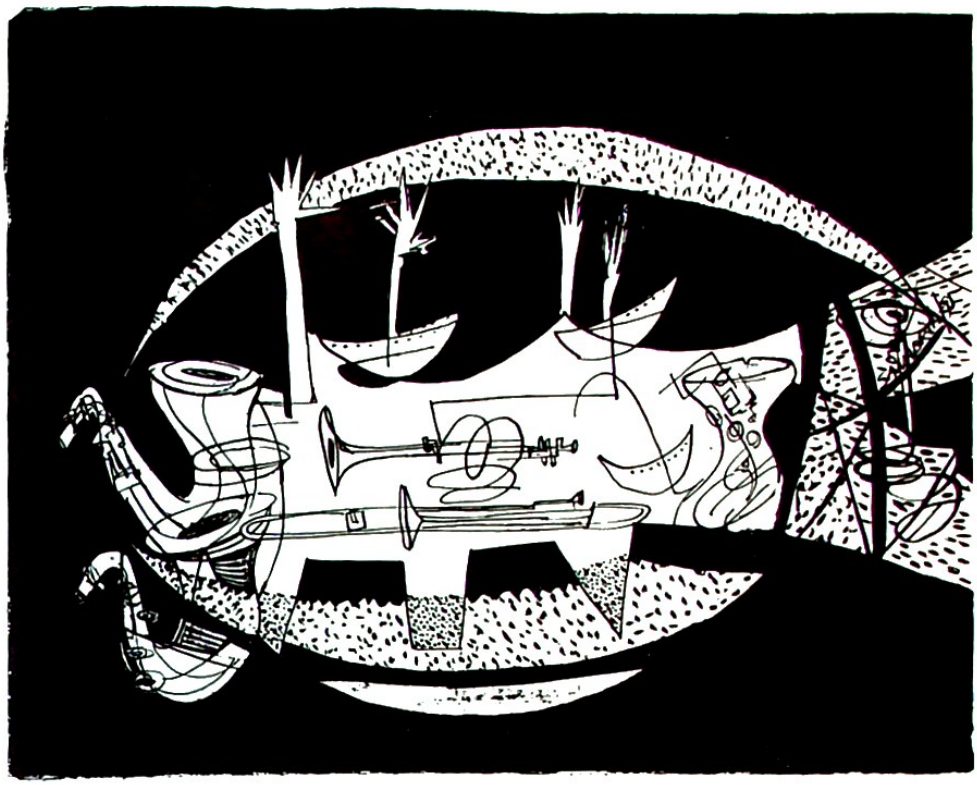
El actual zapatismo no se adapta a las categorías que sirven para encasillar a los movimientos de protesta, de resistencia o de rebeldía. No da pistas para rastrear su origen ideológico en uno de los campos que caracterizó a la Guerra Fría. Por el contrario, es un movimiento que apela a cada uno de los miembros de la opinión pública mediante el empleo de símbolos que impulsan a la participación activa. Movimiento, que no ejército, que a todos provoca, en pro o en contra; que invoca, para explicar las causas por las que lucha, a buena parte del barroco altar nacional. Que evoca continuamente las gestas de aquellos que nos dieron patria, de aquellos que sustentaron sus actos en la defensa de la nación, de quienes se esforzaron por darle a ésta un perfil característico, diferente del que los modernizadores de otro tiempo querían imponerle. Movimiento que se remite a un mundo de aspiraciones compartidas plasmadas en la Constitución del 17, que rechaza el afán "modernizador", "globalizador", por excluyente. Movimiento, en síntesis, que libra su desigual combate contra el gobierno, lo mismo en las multitudinarias manifestaciones populares, en las páginas editoriales de los diarios, que en el terreno de la información por Internet, pero sobre todas las cosas, en el campo específico de la historia patria, al grado de que los representantes de la pasada y la presente administración gubernamental han sido exhibidos como ciudadanos de una república existente sólo en su imaginario, pero a la que no es posible identificar con México.

Señalar cómo ha sido percibido el zapatismo por los estudiosos de la historia contemporánea de nuestro país es una empresa que no puede ser circunscrita a los límites de la academia, de la hipotética objetividad científica, puesto que es un movimiento social, con profundas raíces históricas, que ha sabido poner en crisis la percepción, que tiene una buena porción de mexicanos, de la sociedad actual, de su economía, así como de su historia reciente y lejana.

Varios autores han señalado lo inédito, en nuestro medio, de una

IGNACIO SOSA ÁLVAREZ. *Profesor-investigador del CCYDEL de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.*

* Texto leído en la Mesa Redonda: *Zapatismo y zapatistas.* Facultad de Filosofía y Letras. UNAM. Viernes 9 de junio de 1995.



experiencia que recorre el arduo camino que va de la resistencia a ac- ciones específicas de la autoridad y que sólo llega a la re- beldía, como última y definitoria instancia, después de haber agotado los procedi-mientos establecidos en la legislación. El tránsito que media entre la resistencia como acción meramente defensiva en la que quien resiste acepta la legitimidad del gobierno y la rebeldía, acto de volver a la guerra, es decir, a la situación original antes de que prevaleciera el Estado de derecho, ha sido dado por el zapatismo basándose en los principios de la filosofía política tradicional que va de Santo Tomás a Mariana, así como de los principios liberales e ilustrados plasmados en la vigente, aunque muchas veces reformada, Constitución.

Perspectiva distinta del zapatismo la ofrecen quienes, en cambio, han intentado demostrar que la rebeldía zapatista y sus democráticas aspiraciones áticas son sólo una máscara que oculta el verdadero rostro del terrorismo y la subversión definidos en los términos de la Guerra Fría, es decir, autoritarismo, monopartidismo, vanguardia, etc. Quienes así piensan buscan afanosamente establecer vínculos entre el zapatismo y los movimientos populares insurreccionales centroamericanos de las décadas anteriores. En este contexto, el único elemento que les falta mencionar, a quienes así piensan, es el oro de Moscú y/o de La Habana, aunque a falta de éste señalan que reciben financiamiento de organizaciones sindicales.

Muchos y muy buenos analistas se han ocupado obsesivamente de mostrar una y otra faz del zapatismo; de darle un rostro democrático que busca consensos o uno de violencia pura, sin apego alguno a normas y principios liberales. Por otra parte, la inquieta e inquisitiva opinión pública también ha tenido oportunidad de informarse y normar su propio juicio independiente del de los analistas políticos quienes, por cierto, al igual que el resto de la sociedad, fueron sorprendidos por los acontecimientos. Por estas razones el comentario que aquí se hace es más bien un intento por ofrecer, en forma esquemática, mediante rápidos trazos, las causas que, en mi opinión, provocan el particular estado de ánimo que ha despertado entre nosotros el alzamiento del primero de enero de 1994 y lo que de él se ha derivado.

En los casi ochenta años que dividen a los dos zapatismos encontramos una serie de similitudes entre ellos, así como notables diferencias. Entre las primeras, pueden mencionarse un gobierno más atento al interés del capital foráneo que a buscar el beneficio del capital nacional; una retórica que menciona el progreso como justificante de cambios indeseables; y una sociedad crédula que acepta, con ingenuidad, las tesis oficiales que describen con confianza absoluta el incierto futuro. En síntesis, las similitudes se refieren a la visión de una sociedad orgullosa de su parecido con el modelo de desarrollo foráneo, ahistórico, y preocupada por borrar todo aquello, que en su opinión, significa atraso.

Las diferencias, entre la sociedad de principios de siglo y la de finales del mismo son evidentes. La actual, es una sociedad con marcado perfil urbano, con mayor movilidad social, y más integrada a la economía internacional. En pocas palabras, una sociedad inmersa en un complejo proceso de modernización, el cual, sin embargo, opera sólo en beneficio de unos pocos mientras margina a los más.

Esta sociedad se concibe a sí mis-



ma en forma polarizada. Un dualismo funesto es su característica fundamental. Un corte profundo entre sus distintos actores es un rasgo que no se puede borrar ni ocultar y que cualquier lectura sobre los índices socioeconómicos confirma. Los principales actores de nuestra sociedad están escindidos entre la tradición y la modernidad, entre la opulencia y la miseria, entre la integración y la marginación. Estos actores sociales han desarrollado durante las últimas ocho décadas, lapso que marca la distancia entre el primer zapatismo y su versión contemporánea, dos versiones del país antagónicas entre sí. Una de ellas, la oficial, habla de logros, de conquistas sociales, de un prometedor futuro. La otra, por el contrario, muestra el revés de la medalla y en ella la perspectiva futura es descrita con tonos grises, angustiantes.

En los diálogos de San Andrés Larrainzar se encontraron frente a frente los representantes de dos concepciones diferentes de la sociedad, de dos concepciones diferentes de la historia, de dos concepciones diferentes de la legalidad y, sobre todo, de dos concepciones diferentes sobre el significado de justicia y dignidad. Considero que, por las implicaciones sicológicas de la representación política, fueron muchos más los mexicanos que, mediante el imaginario ahí se hicieron presentes y se sentaron en uno u otro lado de la mesa, ya como aliados del zapatismo, ya como sus antagonistas.

De la hipotética posición elegida en la mesa dependerá la actitud en favor o en contra del uso de los símbolos nacionales expresado ya en los saldos históricos del discurso oficialista, ya en el manejo que de ellos hacen los actuales zapatistas. El Zapata oficialista, y por ello hijo de la raza de bronce y en bronce inmortalizado, actualmente sufre una crisis de identidad porque ya no sabe si reconocerse en la figura legendaria del defensor de la propiedad comunal, o en el de la retórica salinista que lo declaro premoderno. Utilizado por Echeverría para propagar, según reza la placa situada en la parte baja de la plataforma del gigantesco monumento situado al inicio , o al fin —según se mire—, del Paseo Tollocán: "Todavía tiene las botas puestas para cabalgar, ya que aún existe tierra para repartir". Lo que en los hechos no significó que, en el sexenio echeverrista, se repartiera mucha. Asimismo utilizado por Salinas, a Zapata le dedicó su tesis de licenciatura en economía, como Emiliano bautizó a su primogénito, al igual que a su avión oficial y al autobús empleado en sus giras políticas. Para todo empleó el nombre de Zapata, tal vez, con la aviesa intención de ocultar sus propósitos revelados durante su mandato, para desaparecer la Secretaría de la Reforma Agraria, es decir, el instrumento institucional responsable de realizar el objetivo de Zapata, así como las modificaciones impulsadas en su sexenio para reformar el Artículo 27 constitucional, mismas que dieron lugar, precisamente, al renacimiento del zapatismo como aspiración justiciera.

Del Zapata elegido, ya sea el Zapata del neoliberalismo, Zapata de bronce, sin vida alguna, o el Zapata redivivo, refulgente del imaginario colectivo, dependerá, en síntesis, el sitio que ocupen las partes en la mesa de negociaciones de San Andrés Larrainzar. Del Zapata con el que los asistentes al diálogo se identifiquen dependerán las posturas que se adopten. Si es el Zapata del cartel de exportación, símbolo de un pretérito bronco y de un presente domado, adaptado y adoptado

por las formas civilizadas que lo han convertido en figura de consumo para los radical *chic*, se defenderán las posturas oficiales que anuncian, ahora sí, un futuro a imagen y semejanza del de los países desarrollados. Si, por el contrario, a Zapata se le percibe presente, actuante, removedor de los viejos esquemas de la Guerra Fría, el Zapata olvidado por la izquierda, desplazado en la década de los años sesenta por el Che y más recientemente por la ahora olvidada del Comandante Cero, se adoptarán las posturas que reclaman el cumplimiento de un programa que reclama justicia y democracia.

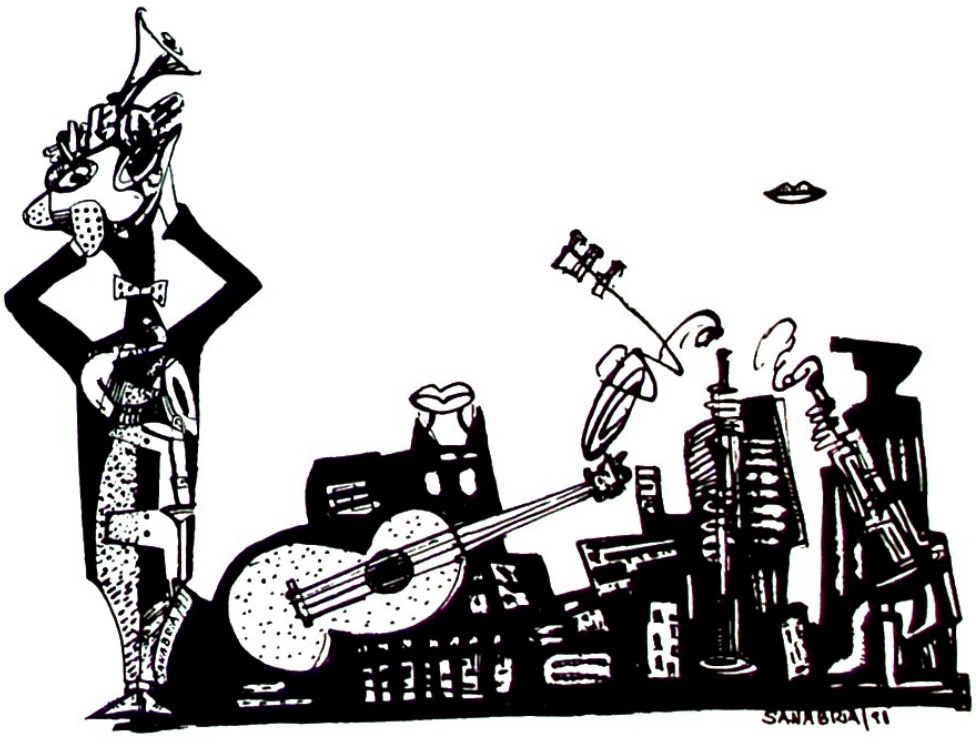
Por la elección que ellos y nosotros hagamos, nos habremos definido como simpatizantes o antagonistas del México real o del México formal, del México oficial o del México alternativo, o para ponerlo en lenguaje de los medios, el México *Lite* de la televisión, o del México amargo del periodismo crítico.

Así pues, en esta ocasión la distancia que ofrece la objetividad académica, la crítica histórica, el rigor metodológico, no puede ser excusa para impedir un pronunciamiento sobre la postura que se guarda respecto a lo que unos llaman conflicto social de carácter regional y étnico y que, otros denominan, lucha de carácter nacional.

El zapatismo, en sus expresiones de principios de siglo y de fin de milenio, coincide en el hecho de que ambas representan un desafío a un sistema que se autoproclamaba triunfante sobre la tradición y de una estabilidad a toda prueba.

En el imaginario colectivo (categoría elástica de difícil definición) de la sociedad mexicana (categoría de significados múltiples y contradictorios) se han enfrentado, aún lo hacen, dos sociedades distintas tanto por sus protagonistas, como por sus escenarios reales y los posibles. En uno de ellos dominaba, aún lo hace, la modernidad, el progreso que, en su versión actual, significa globalismo, es decir, las posibilidades casi infinitas de enriquecimiento individual para unos cuantos. En este mundo se habla de legalidad y de Estado de derecho, conceptos ambos que sirven para garantizar el *statu quo*, la defensa de los intereses particulares de quienes se benefician con el ejercicio gubernamental puesto a su servicio. La otra sociedad se caracteriza, por el contrario, en que la idea de justicia que en ella prevalece se caracteriza por la defensa no de los derechos del poseedor, sino los del desposeído. Mundo que no habla de beneficios, intereses, crecimiento y desarrollo. Sus valores se refieren a cuestiones referidas a la dignidad, respeto a la persona, igualdad comunitaria, compromiso solidario, etc. En este mundo se habla, no del mañana hipotético en el que el liberalismo triunfante habrá resuelto sus contradicciones y podrá realizar el largamente pospuesto programa de democratización política y económica, mismo que permitirá a los sobrevivientes disfrutar, en forma simultánea, riqueza y democracia, sino del hoy concreto, específico, de la suerte que están corriendo individuos con rostro, nombre y apellido, los cuales han sido condenados, aquí y ahora, por el actual sistema, a desaparecer.

Estos dos mundos enfrentados entre sí, ocupando el mismo espacio, habitando el mismo territorio, hablan dos idiomas diferentes, persiguen objetivos distintos. El que controla y disfruta la propiedad, señala la intocabilidad de la misma, siempre y cuando ésta sea privada, ya que la comunal, la ejidal, así como la estatal no tienen, desde su perspectiva, razón de ser. El ejido,

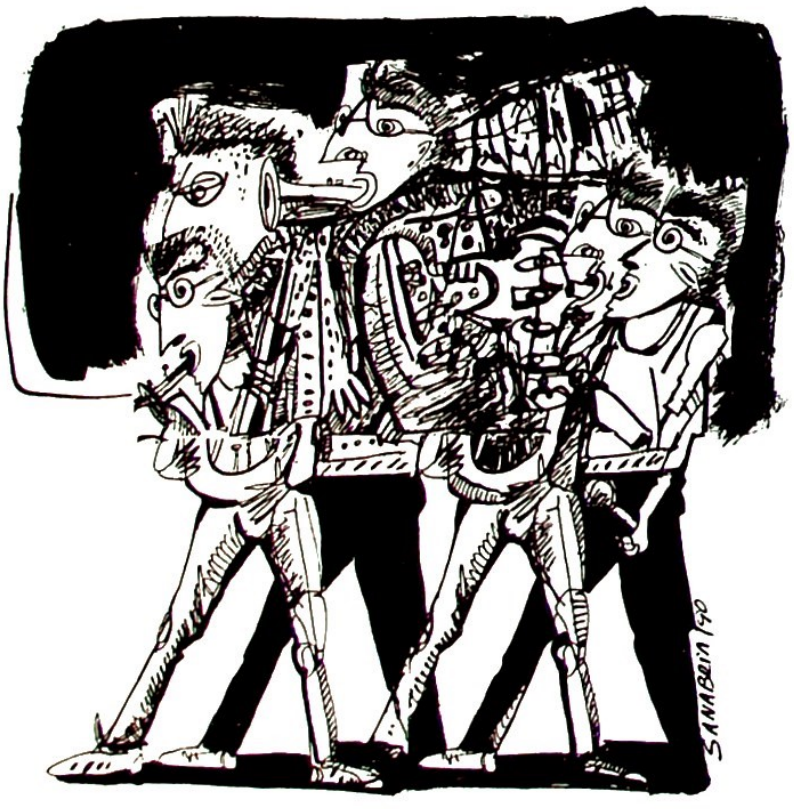


la comuna y los bienes nacionales deben cederle su lugar a los intereses privatizadores, los únicos verdaderamente dinámicos, transformadores, productores de riqueza y de felicidad.

Empero, la tradición inmemorial o histórica no desaparece por decreto, no se disuelve en el aire, sino que muestra una notable capacidad de sobrevivencia, así como un acendrado espíritu de lucha contra las fuerzas del liberalismo que pretenden arrancarla de raíz.

El afán privatizador del, supuestamente, moderno neoliberalismo, sólo es una nueva etapa del viejo proyecto liberal que ahora pone sobre la agenda el cambio de propietario de los bienes nacionales, que no estatales. Con el objetivo declarado de adelgazar al Estado, de ponerlo en forma, como si de un atleta o de una modelo se tratara y no de un proyecto que trasciende banalidades, se expropian los bienes pertenecientes a la sociedad entera y se privatizan para beneficio de unos cuantos. En forma simultánea, como irónico argumento en contra, se socializa en forma brutal la deuda externa. Propietarios unos pocos, deudores todos, sin excepción.

El efecto principal del proyecto privatizador-nacionalizador es el de poner, según el zapatismo, en atractivo paquete financiero, en manos de quienes tienen recursos económicos, la soberanía y las formas comunales y ejidales de posesión. El zapatismo, con razón, argumenta que para las comunidades indígenas es indisoluble la relación tierra hombre y que, trastocándola, la comunidad como un todo que es, como forma orgánica de vida, desaparecerá, quedando en su lugar un sinnúmero de, ahora sí, individuos. Con la salvedad, apunta el zapatismo, de que serán entes atomizados y miserables, puesto que sin la propiedad comunal, el arraigo que ella significa, el sentido existencial con el que dota a sus miembros, estarán condenados a intentar sobrevivir en un mundo cuya regla de oro es el principio darwiniano de la competencia y el predominio del más fuerte. Lo que traducido a términos sociales y no meramente biológicos, significa el predominio del más rico y del más poderoso política y económicamente hablando.



El zapatismo de ayer, igual que el de hoy, plantea a cada uno de los miembros de nuestra sociedad, el problema de qué se entiende por mayoría y por minoría, así como los derechos que cada una tiene respecto a la otra. En este apartado, la utilidad de la historia es invaluable, puesto que sólo a través de ella se puede dar una respuesta adecuada para la solución de las interrogantes. Sin la variable histórica, el problema se reduce a un planteamiento meramente numérico, por no decir, estático. Mera foto fija de un proceso multisecular que señala la evolución, en general, de la población del país entero y, en particular el desarrollo de la población indígena, que habiendo sido mayoría absoluta en la etapa colonial devino, a través de los años, en minoría.

En el análisis de este proceso, en el estudio de las complejas relaciones que en él se establecen, puede advertirse la depurada hipocresía de las clases gobernantes. El discurso oficial de la época colonial, donde se encuentra nuestra verdadera raíz como sociedad, señalaba que la población mayoritaria, la indígena, era incapaz de gobernarse por ser minoría en lo referente a su capacidad intelectual y civilizatoria. Por ello, se requería la figura de un padre poderoso capaz de velar por los intereses de aquellos que estaban a su cargo. El discurso político del México decimonónico, independiente, obvió un pronunciamiento claro al respecto y utilizó a la teoría liberal para ocultar el verdadero rostro de aquella sociedad. Mediante esta teoría, declaró la igualdad de los hombres sin importar

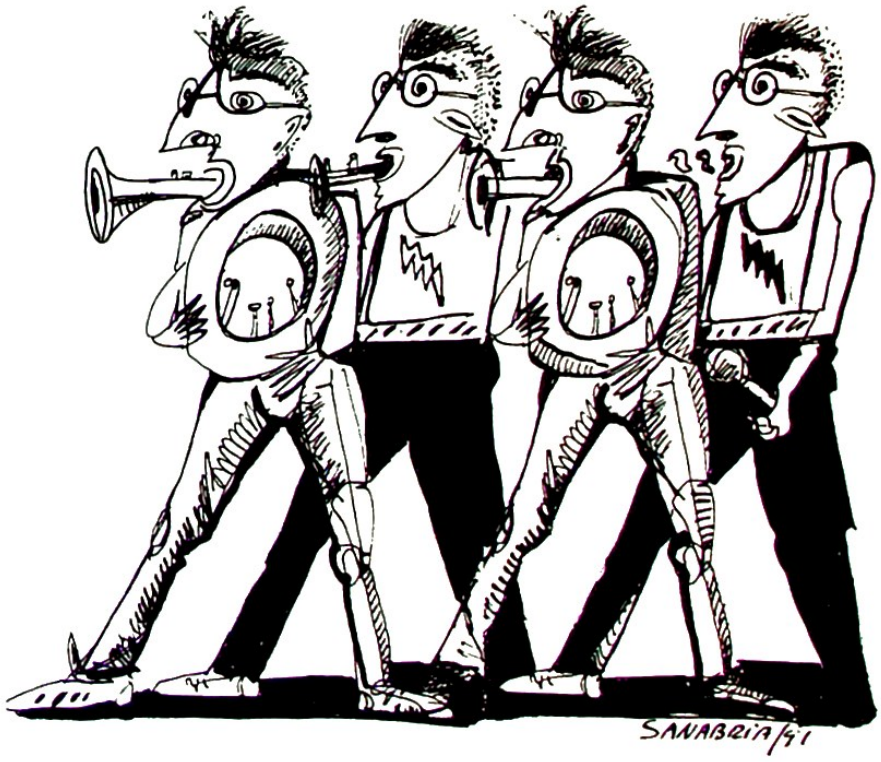
credo, raza o condición social. En otras palabras, el problema real, concreto, de la hegemonía de un grupo minoritario, sobre otro mayoritario, de la apropiación de los bienes mayoritarios representados en las comunidades, fue velado por una retórica abundante en figuras metafísicas, que hablaba de un hipotético pacto social original, entre hipotéticos hombres iguales. Esta figura de igualdad teórica, se empleaba como justificante para no actuar sobre una realidad en la que privaba la desigualdad y la injusticia. El argumento empleado, se complementaba con la tesis de que la responsabilidad de la situación prevaleciente recaía sobre la administración colonial, no sobre la del México independiente y liberal. Con estos argumentos, con un corte ideal que hipotéticamente superaba el conflicto social imperante en la pretérita sociedad colonial, de indios y españoles, y lo hacía desaparecer en la autoproclamada sociedad independiente e igualitaria. Con la retórica liberal en ella dominante, se pretendió un maravilloso, mágico, borrón y cuenta nueva, un olvido de todos los agravios y de un empezar de cero. El matiz venía después, la igualdad era jurídica y no se refería a situaciones de hecho, es decir, ignoraba la evidente desigualdad entre quienes tenían y quienes carecían.

Fue en la segunda mitad del siglo pasado que se preparó la figura que después sería postulada como la representativa de la verdadera mayoría del país: el mestizo. Éste fue descrito en términos llenos de entusiasmo por don Andrés Molina Enríquez a principios del presente siglo. Don Andrés lo caracterizó como ranchero o pequeño propietario y le adjudicó virtudes cívicas y empresariales que lo ponían por encima de los grupos indígenas y españoles que habían dominado la historia patria. El indígena, según el positivismo imperante, había iniciado un proceso declinante sin posibilidad de retorno. El mestizo, en cambio, iniciaba su glorioso ascenso que lo alejaría de la apatía del indio y del parasitismo del español.

La Revolución mexicana, por su parte, perfeccionó el discurso positivista desechando la terminología colonial y decimonónica, y acuñó el concepto de mexicano, como ser mestizo, producto equilibrado de las fuerzas hasta ese momento antagónicas. Esta categoría tenía la intención de marcar un parteaguas entre un pasado que se desvanecía ante el empuje de las fuerzas sociales emergentes y un futuro que prometía, a través de la justicia social, la verdadera igualdad entre los mexicanos todos.

Este recurso ideológico permitió en la década de los años treinta del corriente siglo, presentar como minoritaria, por vez primera en la historia mexicana, a la población indígena. Así se intentó dar por terminado el proceso de conformar una categoría *sui generis* que conjuntaba la característica de ser minoría tanto en sentido numérico, como por el lugar ocupado en la escala de desarrollo.

La ideología oficialista presentó como hecho consumado y definitivo la contradicción que significa adjudicar precedencia antropológica a los recién conformados mexicanos, sobre las milenarias poblaciones indígenas. Los primeros, de reciente aparición en la historia, se convirtieron, gracias a la doctrina oficialista, en los hermanos mayores de quienes tienen su origen en un tiempo inmemorial. En términos políticos, por autoconsiderarse el propio mestizo como elemento mayoritario, se reconoció a sí mismo el derecho de decidir lo que le convenía a la nueva minoría, sin importar lo que ésta pensara al respecto. En síntesis, el indígena pasó, en la etapa colonial, de tener un padre autoritario que lo consideraba menor de edad, a tener un hermano mayor paternalista, en el siglo XX.



Los gobiernos decimonónicos, al igual que los surgidos en el presente siglo, no reconocen que exista entre ellos una línea que señala la continuidad de ambos con el gobierno colonial. No podría ser de otro modo, pues éste es el chivo expiatorio del México independiente y del México contemporáneo; éstos se lavan las manos y responsabilizan al primero de los problemas actuales de desigualdad y de injusticia. Para ellos el único explotador es el gachupín; en cambio, los redentores y liberadores son los mestizos y los mexicanos. De este modo, a nivel del discurso, quedan olvidadas las guerras de exterminio, libradas en el siglo XIX contra mayos, mayas y yaquis; la última por cierto todavía se extendió hasta los años veinte del siglo actual. En el discurso oficial olvidada queda la verdadera guerra de reconquista, protagonizada por mestizos escudados de liberalismo y de positivismo y por mexicanos con la conciencia limpia gracias al indigenismo contra los derrotados de siempre, los indígenas o, como gusta de citarlos el paternalista lenguaje gubernamental, nuestros indios, como si de una propiedad se tratara.

Pese a la potencia del discurso oficial, la realidad se ha mostrado más vigorosa que aquél y muestra la capacidad de resistencia y rebeldía de la población indígena en el Morelos zapatista y, el asimismo zapatista, Chiapas. La realidad muestra que es la lucha misma la creadora de figuras míticas, heroicas, carismáticas, juveniles, desinteresadas. Llámense éstas Emiliano o Marcos, y tengan el grado de General o de Subcomandante, ambas son idénticas puesto que cumplen la misma función justiciera que les asigna el imaginario colectivo. La diferencia de grados militares o de nombres no es significativa, lo importante radica en la función que cumplen personajes civiles que deciden obligados por la ausencia real de legalidad a decir ¡Basta ya!, abandonando en consecuencia el pacto social y rebelarse, *rebelum*, volver a la guerra, para reclamar sus derechos.

El zapatismo de ayer, igual que el de hoy, surge por situaciones parecidas y ofrece la misma respuesta a la declaración teórica, abstracta, sin correlato con la realidad. La igualdad y la libertad deben operar en la vida cotidiana y ser instrumento que impida la desigualdad y el vasallaje.

En el inicio mismo del año final del sexenio salinista, en un momento en el que dominaba la creencia, a la cual se quería creer, sobre el cumplimiento del viejo anhelo de alcanzar el desarrollo, dejar atrás el eterno *karma* del atraso, del desempleo, de la miseria y de todas las insatisfacciones que le dan el trágico perfil a nuestro país, en un momento así, reitero, en el que el Río Grande parecía haberse corrido hasta el Usumacinta, la acción del zapatismo despertó mediante la razón histórica a las adormiladas conciencias, cautivadas por el canto de las sirenas de la globalización, y les recordó que la noche colonial y decimonónica se extiende hasta el presente, que el cumplimiento del proceso histórico de la verdadera modernidad está inconcluso.

El autodenominado México moderno, industrial, cosmopolita, representado por el joven perfil del clásico ejecutivo, estudiante egresado de universidad privada y posgrado en administración de universidad gringa, celular en una mano y lentes oscuros en la otra y empleador de un lenguaje de inversión, rendimiento, utilidad y *know how*, considera que para alcanzar el mañana es necesario olvidar el ayer y el hoy; más aún, no olvidar sino desconocer la historia ya que, según él, ésta sólo explica la parte negativa de nuestra personalidad. Este México *Lite*, fue desafiado por un pequeño grupo de hombres, habitantes de una alejada zona, con pocas pertenencias, pero con gran respeto para sí mismos y con conocimiento de lo que algunos estudiosos llaman el México profundo.

El zapatismo sirvió para redescubrir el poder de la razón, y del conocimiento de la historia patria. Raíz y razón de Zapata, como bien se llama uno de nuestros textos clásicos. Razón histórica y razón actuante; si la razón es histórica, ésta se muestra viva, contundente. Zapata vive porque la realidad que lo creó permanece ahí, negando la versión del discurso oficial, esperando ser modificada.

Los derrotados de todas las batallas, hombres en búsqueda de su pasado para convertirlo en historia, hombres que a través de sus actos rescatan el olvidado sentido de la dignidad, esto es, respeto irrestricto a la capacidad de asentir por voluntad propia y no como sumisa aceptación de un mandato, los zapatistas muestran que su actitud corresponde a verdaderos ciudadanos, con vocación democrática, que exigen sus derechos. Estos hombres nos muestran que, si bien ayer derrotados, hoy no están vencidos y que con sus actos no persiguen una dádiva, más o menos generosa, sino que son la exigencia de un derecho.

Para el mexicano actual, el zapatismo es importante porque le ha devuelto la raíz de su nacionalidad y, si este sólo hecho no bastara, se debe recordar que en un recuento de derrotas sin número, éste es el único movimiento que nos contará entre los responsables de que ahora los indígenas de México, no sufran una derrota más •